

estamos inútiles á fuerza de trabajos y fatigas nos dejan al fin de la campaña tan pobres como estábamos al principio! ¿Es este el modo que tiene el gobierno de recompensarnos por haberle conquistado un imperio? ¿Qué ha hecho el gobierno para ayudarnos en la conquista? Lo que tenemos lo hemos ganado con nuestras espadas, y con las mismas sabremos defenderlo.» Despues los cansados veteranos, levantándose la manga mostraban los desnudos brazos ó esponian á la vista del público los pechos, enseñando sus cicatrices como el mejor título para la posesion de sus estados (1).

El gobernador Vaca de Castro vió con la mas profunda inquietud la tempestad que por todas partes se iba formando. Hallábase en el mismo centro de la escitacion, porque el Cuzco, habitado por una poblacion mista y sin ley, estaba tan internado en las montañas, que tenia menos relaciones con la metrópoli, y por consiguiente estaba mucho menos sujeto á su influencia que las grandes ciudades de la costa. El pueblo invocó al gobernador para que le protegiese contra la tiranía de la corte; pero Vaca de Castro procuró calmar la agitacion de los colonos, representándoles que las medidas violentas solo tenderian á frustrar el objeto que deseaban conseguir. Aconsejóles, pues, que nombrasen diputados para que representasen una peticion á la corona manifestando la impracticabilidad del nuevo plan de reforma y suplicando su revocacion; y rogóles encarecidamente que tuviesen paciencia hasta la llegada del virey, del cual acaso podria conseguirse que suspendiera la ejecucion del código hasta recibir nuevas instrucciones de Castilla.

Pero no era fácil calmar la tempestad; y el pueblo empezó ya á volver los ojos en busca de algunos cuyos intereses y simpatia fuesen comunes con los suyos, y cuya posicion en el pais pudiera proporcionarle proteccion. La persona en quien naturalmente fijaron su eleccion en esta crisis fue Gonzalo Pizarro, el último que quedaba en el Perú de aquella familia que habia mandado los ejércitos de la conquista; caballero cuyas maneras afables y populares le habian atraído el favor de la generalidad. Vióse, pues, rodeado de gentes que le suplicaban que interpusiese en su favor su influencia con el gobierno y les librase del rigor de las nuevas ordenanzas.

Gonzalo Pizarro se hallaba en Charcas muy ocupado en explorar las ricas minas del Potosí, cuyas fuentes, acabadas de descubrir entonces, habian de derramar en breve tales torrentes de plata sobre Europa. Aunque satisfecho de que se apelase á su proteccion queria, como cauto, proveerse de los medios necesarios para la empresa antes de comenzarla; y si bien en secreto escitaba á los descontentos, no se comprometió prematuramente tomando parte en ningun movimiento revolucionario. Por aquel tiempo recibió cartas de Vaca de Castro, cuyo ojo vigilante seguia todas las fases de la agitacion, en que le rogaba y rogaba á sus amigos no se dejasen seducir por planes violentos de reforma hasta el punto de faltar á la lealtad debida al gobierno. Además el gobernador, para contener estos movimientos de desorden, mandó á los alcaldes que prendiesen á todo el que profi-

(1) Carta de Gonzalo Pizarro á Pedro Valdivia, MS., desde Los Reyes 31 de Oct. de 1548. — Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. I. — Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. X—XI.

Benalcázar en una carta á Carlos V dirige una serie de inyecciones contra las ordenanzas, de las cuales dice que despojando á los dueños de esclavos reducian inevitablemente el pais á la miseria. Benalcázar era un conquistador, y de los mas respetables. Su carta es una buena muestra de los argumentos de su partido sobre este punto en contestacion á los de Las-Casas. Carta de Benalcázar, MS., desde Cali, 20 de diciembre de 1544.

riese palabras sediciosas, y le impusieran un castigo proporcionado á su delito. Con esta firme y moderada conducta se contuvieron un tanto los furoros del populacho y hubo algun tiempo de calma, en el cual todos esperaban con ansia la llegada del virey (2).

La persona elegida para este empleo importante fue un caballero de Avila llamado Blasco Nuñez Vela, de antigua familia, de hermosa presencia, aunque algo avanzado en años, y reputado por valiente y devoto. Habia desempeñado varios destinos de responsabilidad á satisfaccion de Carlos V, por quien era nombrado ahora virey del Perú. Esta eleccion no hizo honor al discernimiento del monarca.

Parece extraño que no se confiriese este importante empleo á Vaca de Castro que ya se hallaba en el pais, y que se habia mostrado siempre apto para desempeñarlo. Pero desde que se le dió la mision para el Perú habia habido una serie de asesinatos, insurrecciones y guerras civiles capaces de arruinar á la desgraciada colonia; y aunque su acertada administracion habia puesto las cosas en orden, las comunicaciones de España con las Indias eran tan tardías, que aun no se sabian en la madre patria todos los resultados de su política. Por otra parte, como se trataba de hacer importantes innovaciones en el gobierno, se creyó preferible enviar á uno que no tuviese que luchar con resentimientos personales, y que procediendo directamente de la corte, revestido de facultades extraordinarias, pudiera presentarse con mayor autoridad de la que tendria otro á quien el pueblo se habia acostumbrado á ver en un empleo inferior. El monarca, sin embargo, escribió de su propia mano una carta á Vaca de Castro en que le daba gracias por sus servicios pasados y le mandaba que despues de auxiliar al nuevo virey con los informes fruto de su larga esperiencia, volviese á Castilla á ocupar su asiento en el consejo. Enviáronse tambien cartas de la misma especie á los leales colonos que habian apoyado al gobernador en los últimos disturbios del pais. Provisto de ellas y de las malhadadas ordenanzas se embarcó Blasco Nuñez en San Lúcar el 3 de noviembre de 1545 acompañado de los cuatro jueces de la audiencia y de un numeroso séquito para que pudiese presentarse con la ostentacion correspondiente á su alta categoría (3).

A mediados del siguiente enero de 1644, despues de una navegacion feliz, desembarcó el virey en Nombre de Dios, donde encontró un buque cargado de plata y dispuesto á darse á la vela para España. Su primer acto fue embargar este buque á nombre del gobierno por contener productos del trabajo de esclavos. Despues de esta medida extraordinaria, adoptada en oposicion al dictámen de la audiencia, cruzó el istmo de Panamá. Allí dió una muestra de su futura política haciendo que trescientos indios del Perú que habian llevado á aquel punto sus propietarios, fuesen puestos en libertad y vestidos á su pais. Esta medida violenta causó gran sensacion en la ciudad y encontró tambien fuerte oposicion en la audiencia. Suplicáronle los jueces que no empezase tan precipitadamente á ejecutar su comision, sino que esperase hasta llegar á la colonia y se tomase el tiempo necesario para adquirir algunos informes respecto al pais y al estado de los ánimos en el pueblo. Pero Blasco Nuñez replicó friamente que «habia venido no para interpretar las leyes ni discutir su conveniencia sino para ejecutarlas, y que las ejecutaria á la

(2) Benalcázar, ubi supra. — Zárate, Conq. del Perú, ubi supra. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia MS. — Montesinos, Anales, MS. año 1545.

(3) Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VI, capítulo IX. — Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. I, capítulo IV. — Zárate, MS.

letra, cualesquiera que fuesen las consecuencias (1).» Esta respuesta y el tono áspero en que fue dada terminaron desde luego el debate, porque los jueces vieron que era inútil discutir con un hombre que consideraba toda oposicion como una tentativa para apartarle de su obligacion y cuyas ideas de deber esclusian todo ejercicio discrecional de autoridad, aun cuando el bien público lo exigiese.

El virey, dejando la audiencia en Panamá por hallarse enfermo uno de sus individuos, continuó su camino y costeano las orillas del Pacífico desembarcó el 4 de marzo en Tumbes. Recibióle muy bien aquellos leales habitantes: su autoridad fue públicamente proclamada, y el pueblo quedó asombrado de la ostentacion y magnificencia que desplegó y que fueron tales que jamas se habian visto en el Perú. Aprovechó Blasco Nuñez la primera ocasion para dar una muestra de su ulterior política dando libertad á un gran número de esclavos indios, á instancia de sus caciques. Despues continuó por tierra su viaje en direccion al Sur, y manifestó su determinacion de conformarse estrictamente con la letra de las ordenanzas, haciendo que su equipaje fuese llevado por mulas donde esto era practicable; y donde fue absolutamente necesario valerse de los indios, dispuso que se les pagasen bien sus servicios (2).

Todo el pais se llenó de consternacion al saber la conducta del virey y sus conversaciones, bien públicas, que circularon rápidamente aunque tal vez referidas con exageracion. Celebráronse de nuevo reuniones en las ciudades. Discutióse la conveniencia de oponerse á su viaje y una diputacion de vecinos del Cuzco, que se hallaban entonces en Lima, instó repetidas veces al pueblo á que le cerrase las puertas de la capital. Pero Vaca de Castro, á la primera noticia de la llegada próxima del virey habia salido del Cuzco para Lima, y aunque con alguna dificultad, pudo recabar de los habitantes que continuasen dando muestras de su lealtad, recibiendo al nuevo gobernador con los honores correspondientes, y confiáronse en que despues de examinadas las cosas con mas detenimiento, aplazaria la ejecucion de la ley hasta nueva decision de la corona.

Sin embargo, la gran mayoría de los españoles, segun lo que ya habian oido, tenian escasa confianza en el alivio que pudiera ofrecerles el virey. Dirigiéronse, pues, mas encarecidamente que nunca á Gonzalo Pizarro, sobre el cual llovieron cartas y peticiones de todas partes invitándole á tomar el cargo de protector de la colonia. Tales peticiones encontraron esta vez mas favorable respuesta que en la primera ocasion.

Habia en efecto muchos motivos para que Gonzalo Pizarro se pusiese en movimiento. A su familia debia principalmente España la estension de su imperio colonial, y se sentia fuertemente agraviado de que no se hubiera puesto en sus manos el gobierno de aquellos dominios. Así lo habia sentido á la llegada de Vaca de Castro, y mucho mas debia aumentarse el sentimiento de su agravio al ver el nombramiento de un nuevo virey, que indicaba que la política de la corona era escluir á su familia de la direccion de los negocios. Su hermano Hernando continuaba todavia en su prision y él iba á ser sacrificado como la principal víctima de las fatales ordenanzas: porque ¿quién

(1) «Estas y otras cosas le dijo el licenciado Zárate, que no fueron al gusto del virey: antes se enojó mucho por ello y respondió con alguna aspereza, jurando que auia de ejecutar las ordenanzas como en ellas se contenia, sin esperar para ello términos algunos ni dilaciones.» Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. I, cap. VI.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VI. — Fernandez, Historia del Perú, ubi supra. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Montesinos, Anales, MS., año de 1544.

habia tomado parte mas principal que él en la guerra civil con Almagro el padre? Y aun se decia (aunque podia ser efecto de exageracion) que el virey habia anunciado que trataria á Pizarro como culpado en la batalla de las Salinas (3). Sin embargo, no habia en el pais una persona que tuviese tantos intereses ni tanto que perder con la revolucion. Abandonado así por el gobierno, creyó que era ya tiempo de cuidar de sus negocios por sí propio.

Reunió, pues, diez y ocho ó veinte caballeros de aquellos en quienes tenia mas confianza, y tomando una gran cantidad de plata sacada de las minas, aceptó la invitacion de presentarse en el Cuzco. Al acercarse á la ciudad encontró un numeroso cuerpo de habitantes que salia á recibirle, haciendo resonar el aire con sus gritos y saludándole con el título de procurador general del Perú. Este título fue inmediatamente confirmado por el ayuntamiento de la ciudad, el cual le invitó á presidir una diputacion que debia enviarse á Lima para esponer sus quejas al virey y solicitar la suspension de las ordenanzas.

Pero se habia encendido en el pecho de Pizarro la llama de la ambicion. Vióse fuertemente apoyado por el afecto popular y desde la posicion mas elevada en que entonces se hallaba, sus deseos tomaron un vuelo mas alto y mas ilimitado. Sin embargo, si abrigó una ambicion criminal, la ocultó cuidadosamente á todos y tal vez á sí propio. El único objeto á que aspiraba, segun decia, era el bien del pueblo (4), frase sospechosa, que generalmente significa el bien del individuo. Pidió entonces permiso para organizar una fuerza armada y tomar el título de capitán general. Sus fines, segun aseguraba, eran completamente pacíficos; pero seria imprudente, sin estar fuertemente protegido, presentarse con semejante peticion á un hombre de carácter tan impaciente y arbitrario como el virey. El ayuntamiento del Cuzco se negó al principio á conceder facultades que de tal modo escedian de sus legítimas atribuciones; pero Pizarro declaró que en caso de formal negativa renunciaria el título de procurador; y los esfuerzos de sus partidarios apoyados por el pueblo vencieron al fin los escrúpulos de los magistrados, los cuales concedieron al ambicioso gefe el mando militar á que aspiraba. Pizarro lo aceptó, asegurando modestamente que lo hacia «solo porque en ello se prometia servir los intereses del rey, de las Indias, y sobre todo del Perú (5).»

CAPITULO VIII.

Llegada del virey á Lima.—Gonzalo Pizarro sale del Cuzco.—Muerte del Inca Manco.—Conducta imprudente del virey.—Es preso y destituido por la audiencia.—Gonzalo Pizarro es proclamado gobernador del Perú.

1544.

MIENTRAS ocurrían los acontecimientos referidos en las anteriores páginas, Blasco Nuñez continuaba su viaje á Lima. Pero la irritacion que su conducta habia causado ya en los ánimos de los colonos, se mostró en la fria acogida que encontró en el camino

(3) «Que así me la habia de cortar á mí i á todos los que habian sido notablemente, como él decia, culpados en la batalla de las Salinas i en las diferencias de Almagro, i que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de gente tan baxa, que llamaba él á los desta tierra porqueros i arrieros (aludiendo al origen de los Pizarros) sino que estuviese toda en la corona real.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(4) «Diciendo que no queria nada para sí, sino para el beneficio universal, i que por todos habia de poner todas sus fuerzas.» Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XX.

(5) «Aceptelo por ver que en ello hacia servicio á Dios i á S. M. i gran bien á esta tierra i generalmente á todas las Indias.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VIII, cap. XIX.—

y en la escasez de alojamientos y provisiones que se prepararon para él y su séquito. En uno de los puntos de descanso halló sobre la puerta de su habitación esta inscripción de mal agüero: «A quien me viniere á quitar mi hacienda, quitarle he la vida (1).» Esta amenaza, sin embargo, ni le intimidó ni le hizo variar de propósito, y continuó su viaje hacia la capital, cuyos habitantes, precedidos de Vaca de Castro y de las autoridades municipales, salieron á recibirle. Entró con gran ostentación bajo un palio de paño carmesí con fuertes varas de plata que llevaron los individuos de ayuntamiento. Un caballero con una maza, emblema de autoridad, cabalgaba delante de él; y después de haber pronunciado el juramento de costumbre en la sala del consejo, la comitiva se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum*, siendo en seguida instalado Blasco Nuñez en su nueva dignidad de virey del Perú (2).

Su primer acto fue anunciar su determinación respecto á las ordenanzas. No tenía facultad de suspender su ejecución; debía cumplir la comisión que se le había confiado; pero ofreció unir sus ruegos á los de los colonos en un memorial al emperador solicitando la revocación de un código que ya creía no ser conveniente ni á los intereses del país ni á los de la corona (3). Con esta opinión sobre el asunto, parecerá extraño que Blasco Nuñez no hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de suspender la ejecución de la ley hasta que el soberano se convenciese de las inevitables consecuencias que resultarían de llevarla á cabo. El bajá de un déspota turco que se hubiese permitido semejante cosa en favor de los intereses de su señor, podía en verdad contar con recibir el cordón ó el puñal. Pero el ejemplo de Mendoza, el prudente virey de Méjico, que adoptó esta medida en circunstancias semejantes y precisamente en la misma época, debería haberle probado su conveniencia en aquel caso. Mendoza suspendió las ordenanzas hasta que la corona se enterase de los resultados que iban á producir, y así se salvó Méjico de una revolución (4). Pero Blasco Nuñez no tenía la prudencia de Mendoza.

Los temores del público estaban, pues, muy lejos de calmarse. Formáronse secretos planes en Lima que extendieron sus ramificaciones á las demás ciudades. No desconfió, sin embargo, el virey, y cuando le informaron de los preparativos de Gonzalo Pizarro, no adoptó otra medida mas que enviarle un men-

XX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IV—VIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. VIII.—Montesinos, Anales, MS., año de 1544.

(1) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XVIII.

(2) «Entró en la ciudad de Lima á 17 de mayo de 1544: salióle á recibir todo el pueblo á pie y á caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y á la entrada de la ciudad estaba un arco triunfal de verde con las armas de España, y las de la misma ciudad: estábanle esperando el regimiento y justicia, y oficiales del rey con ropas largas hasta los pies, de carmesí, y un palio del mismo carmesí, aforrado en lo mismo, con ocho varas guarnecidas de plata, y tomáronle debajo todos á pie, cada regidor y justicia con una vara del palio, y el virey en su caballo con las mazas delante: tomáronle juramento en un libro misal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clérigos con la cruz á la puerta, y le metieron dentro cantando *Te Deum laudamus*, y después que vbo dicho su oración fué con el cabildo y toda la ciudad á su palacio, donde fue recibido y hizo un parlamento breve en que contentó á toda la gente.» Relacion de los sucesos del Perú desde que entró el virey Blasco Nuñez, acaecidos en mar y tierra, MS.

(3) «Porque llanamente él confesaba que así para su magestad como para aquellos reinos, eran perjudiciales.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. V.

(4) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. capítulo II—V.

saje participándole las facultades extraordinarias de que estaba investido, y mandándole que disolviese sus fuerzas. Creía tal vez que una mera palabra suya bastaría para sofocar la rebelión. Pero se necesitaba mas que una palabra para desbandar la férrea soldadesca del Perú.

Entre tanto Gonzalo Pizarro se ocupaba activamente en reunir su ejército. Su primer paso fue sacar de Guamanga diez y seis piezas de artillería, enviadas allí por Vaca de Castro, que en el estado de agitación en que se hallaba el país, no había querido dejar en el inquieto pueblo del Cuzco semejantes instrumentos de destrucción. Gonzalo, que no tenía escrúpulos para servirse de los indios, se apropió seis mil de estos para que trasladasen este tron á través de las montañas (5).

Con sus esfuerzos y los de sus amigos, el activo jefe reunió pronto un ejército de cerca de cuatrocientos hombres, que si no era muy imponente por entonces, confiaba en que llegaría á serlo á medida que bajase hacia la costa, por el aumento que recibiría en las ciudades y aldeas que encontrara al paso. Gastáronse todos sus fondos en equipar las tropas y proveerlas para la marcha: y para suplir la falta de recursos no tuvo escrúpulo en apoderarse del real tesoro, puesto que según decía era para invertirlo en objetos de interés público. Con este oportuno auxilio sus tropas bien montadas y completamente equipadas, estuvieron en breve en estado de presentarse en el campo; y después de dirigirles una corta arenga, en que tuvo cuidado de insistir sobre el carácter pacífico de su empresa, un tanto en contradicción con sus preparativos militares, salió por las puertas de la capital.

Antes de dejar el Cuzco había recibido un importante refuerzo en la persona de Francisco de Carbajal, el veterano que tuvo parte tan principal en la batalla de Chupas. Hallábase en Charcas cuando llegó al Perú la noticia de las ordenanzas, é inmediatamente resolvió abandonar el país y volver á España, convencido de que el Nuevo-Mundo no sería ya para él la tierra que había buscado, las doradas Indias. Redujo, pues, todos sus efectos á dinero y se preparó á embarcarse en el primer buque que se le presentase. Pero no se le ofrecía oportunidad y tenía pocas esperanzas de burlar la vigilancia del virey. Sin embargo, aunque Gonzalo Pizarro le ofreció un mando á sus órdenes en la expedición, el veterano lo rehusó diciendo, que ya tenía ochenta años, y que solo deseaba volver á su casa y pasar con sosiego el resto de sus días (6). Mas le hubiera valido persistir en su negativa. Pero al fin accedió á los ruegos de su amigo, y el corto tiempo que le quedó de vida fue todavía mas que suficiente para manchar su memoria con perpetua infamia.

Poco después de su salida del Cuzco supo Pizarro la muerte del Inca Manco, el cual fue asesinado por una partida de españoles de la facción de Almagro, que después de la derrota de su joven capitán se habían refugiado en el campo indio. Ellos en cambio fueron todos muertos por los peruanos. Es imposible determinar quién tuvo la culpa de la contienda, pues ninguno de los que se hallaron en ella pudo salvarse para contarle (7).

La muerte de Manco Inca, según se le llamaba comunmente, es un suceso que no debe ser pasado en silencio en la historia peruana; porque fue el último de su raza que puede decirse que estuvo animado del heroico espíritu de los antiguos Incas. Aun-

(5) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VIII.

(6) Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VII, capítulo XXII.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Garcilaso, Conq. Real, parte II, lib. IV, cap. VII.

que colocado en el trono por Pizarro, lejos de continuar siendo un mero instrumento en sus manos, mostró en breve que no estaba dispuesto á hacer que su suerte dependiese de la voluntad de sus vencedores. Aun cuando las antiguas instituciones del país se desplomaban alrededor suyo, todavía luchó valientemente como Guatimocin, el último de los aztecas, para evitar su caída ó enterrar á sus opresores entre las ruinas del imperio. Con su ataque á la capital del Cuzco, en el cual la mayor parte de ella fue demolida, dió un golpe terrible á las armas de Pizarro y por un momento la suerte de los conquistadores estuvo en suspenso en la balanza del destino. Aunque derrotado al fin por la ciencia superior de su adversario, todavía siguió mostrando el mismo indomable espíritu que en otro tiempo. Retiróse á las asperezas de sus montañas, de donde saliendo cuando la ocasión se le ofrecía, caía sobre las caravanas de caminantes y sobre las pequeñas partidas de guerreros, y cuando sobreviniera la guerra civil acudía á ponerse del lado del mas débil, prolongando así la lucha de sus enemigos y alimentando su venganza con la contemplación de sus calamidades. Cambiando constantemente de residencia, supo eludir la persecución entre los desfiladeros de las cordilleras, y ya errando alrededor de las ciudades, ya emboscándose á la inmediación de los caminos, hizo que su nombre llegase á ser el terror de los españoles. Muchas veces le dirigieron estas proposiciones de acomodamiento, y cada gobernador, hasta Blasco Nuñez, había llevado instrucciones de la corte para atraerse por cualquier medio al formidable guerrero. Pero Manco no creía en las promesas de los blancos, y prefirió conservar su salvaje independencia en las montañas con los pocos valientes que le seguían, á la ignominia de vivir esclavo en el país que en otro tiempo reconoció por soberanos á sus antecesores.

La muerte del Inca hizo desaparecer uno de los grandes pretextos de los preparativos militares de Pizarro; pero en este ejercicio, como puede suponerse, muy poca influencia. Mas sintió la deserción de algunos de sus soldados que le abandonaron en los primeros días de su marcha. Varios caballeros del Cuzco, asombrados al ver la ninguna ceremonia con que Gonzalo Pizarro había echado mano de los caudales públicos, y asustados del aspecto belicoso que iban tomando los negocios, empezaron á conocer que se hallaban en el camino de la rebelión. Muchos de ellos, incluso algunos de los principales de la ciudad, se retiraron del ejército y se apresuraron á presentarse en Lima y á ofrecer sus servicios al virey. Las tropas se desanimaron con esta deserción, y aun Pizarro titubeó un momento en su propósito y pensó en retirarse con cincuenta de los suyos á Charcas para entrar desde allí en negociaciones con el gobierno. Pero un poco de reflexión y las amonestaciones del valiente Carbajal, que jamás retrocedía en la empresa una vez comenzada, le convencieron de que ya había ido demasiado lejos para poder volverse atrás y que su único medio de salvación estaba en seguir adelante.

Tranquilizóronle algunas manifestaciones mas decididas que poco después recibió de la opinión pública. Un oficial llamado Puelles, que mandaba en Guanuco, se le unió con algunos caballos que le había confiado el virey. A esta defección siguieron otras, y Gonzalo al descender de las elevadas llanuras del Cuzco vió gradualmente aumentarse sus fuerzas hasta llegar á componer un número casi doble del que tenía cuando salió de la capital india.

Al atravesar con mas libre paso los sangrientos campos de Chupas, Carbajal le enseñó los diversos sitios que habían sido teatro del combate, y Pizarro podía haber encontrado materia para tristes reflexiones si hubiera meditado sobre la suerte destinada á los rebeldes. En Guamanga fue recibido con los bra-

zos abiertos por los habitantes, muchos de los cuales se apresuraron á alistarse en sus banderas, pues habiendo oído hablar en todas partes del carácter inflexible del virey, temblaban por sus propiedades (1).

Blasco Nuñez empezó ya á convencerse de que se hallaba en una posición crítica. Antes de que se consumase la traición de Puelles había recibido algunas noticias vagas respecto á las intenciones de este oficial. Aunque apenas las daba crédito, destacó á uno de los suyos llamado Diaz con una fuerza para impedir la deserción de Puelles; pero aunque aquel emprendió con buen deseo su misión, le persuadieron poco después que debía seguir el ejemplo de su camarada y con la mayor parte de su gente se pasó al enemigo. En las guerras civiles de aquel infeliz país se cambiaba de partido tan frecuentemente, que la deslealtad á sus gefes casi dejó de ser una mancha en el honor de un caballero. Sin embargo, todos, cualquiera que fuese el partido en que se hallaran afiliados, proclamaban altamente su lealtad á la corona.

Blasco Nuñez, viendo que los suyos y los que mas adhesión á su causa habían aparentado le hacían traición, comenzó á sospechar de todos los que le rodeaban. Por desgracia sus sospechas recayeron en algunos de los que mas confianza podían inspirarle. Entre estos se hallaba su predecesor Vaca de Castro. El antiguo gobernador, en la delicada posición en que se hallaba colocado, se había conducido con honradez é integridad perfectas. Había hablado francamente al virey, y no le hubiera estado mal á Blasco Nuñez haberse aprovechado de sus instrucciones. Pero Blasco Nuñez, infatuado con la importancia de su empleo, presumía por otra parte demasiado de su superior sabiduría para admitir los consejos de su esperto predecesor, y sospechó que este mantenía correspondencia secreta con sus enemigos del Cuzco, sospecha que no parece haber tenido mas fundamento que la amistad personal que, como era sabido, profesaba Vaca de Castro á alguno de ellos. Sin embargo para Blasco Nuñez, sospechar era convencerse, y mandó prender á Vaca de Castro y conducirle á un buque anclado en el puerto. Esta medida violenta fue seguida de la prisión de otros muchos caballeros, probablemente por sospechas asimismo mal fundadas (2).

Fijó en seguida su atención en el enemigo. No obstante haberse frustrado ya una vez la esperanza de obtener algo por medio de las negociaciones, no desesperó de conseguirlo la segunda, y envió á Gonzalo Pizarro otra embajada, presidida por el obispo del Cuzco, prometiendo una amnistía general y haciendo á Gonzalo algunas proposiciones mas halagüeñas. Pero esta embajada, al paso que anunció la debilidad del virey, tuvo el mismo mal éxito que la primera (3).

Blasco Nuñez se preparó entonces vigorosamente para la guerra, su primer cuidado fue poner la capital en estado de defensa aumentando las fortificaciones y construyendo barricadas en las calles. Mandó después hacer un alistamiento general de los habitantes y llamó tropas de las ciudades inmediatas, llamamiento á que no se apresuraron estas demasiado á responder. Una escuadra de ocho ó diez buques estaba

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XIV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IX—X.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. V—IX.—Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.—Relacion de los sucesos del Perú, MS.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. III.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. X.

(3) El obispo Loaysa fue despojado de sus despachos, y no se le permitió entrar en el campo para que su presencia no tentase la constancia de los soldados: (Relacion de los sucesos del Perú.) Este pasaje ocupa mas espacio del que merece en la mayor parte de los escritos.